

## **El color del Taj Mahal**

Gusnhu conducía descalzo, con un canuto hindú en los labios y con la música de la Rocio Jurado autóctona a tope. De vez en cuando miraba a lo que presumiblemente era la carretera y pasábamos rozando los chillones saris de las mujeres, que asustadas se dirigían a la tarea diaria de acarrear agua al atardecer. Le pasé un Winston a Gusnhu, gruñó unas gracias en una de las mil lenguas que recorren la India y esquivó a la enésima vaca que paseaba a su aire su esquelético cuerpo.

Nos dirigíamos de Jaipur hacia Agra atravesando parte del Rajhastan, no habíamos librado todavía ningún bache y el culo se me estaba quedando como un bebedero de patos. Le dije a Gusnhu que estuviera más atento, por lo menos a los camiones y autobuses que se cruzaban tocando la bocina como posesos. La cuneta la visitamos en unas cuantas ocasiones. En una de ellas un camello nos miró desde su altivez, acostumbrado a ver como algunos vehículos aparcaban contra los sacos de arroz que transportaba. Gusnhu me dió una calada de su canuto, me supo a cuando fumaba artobizarra en la huerta del viejo.

El atardecer se iba poniendo más rojizo, el verde de los campos de arroz se tornó más agradable, mientras los hombres se acuclillaban alrededor del último rumor de la aldea. Una vez más miré al sol, los crepúsculos siempre han podido conmigo y pensé en otro atardecer donde unas notas negras de jazz impregnaron para siempre mi alma.

Paramos unos minutos en un restop indio, esto es, un garito donde los meaderos olían a alcanfor y lo único que apetecía era una mineral water. Gusnhu había desaparecido y yo aproveché para estirar las piernas. Le ví arrodillado. No sabía que era musulman. Le deje orando cara a La Meca y fuí hasta donde unos búfalos se regocijaban en el barro de una

charca, sólo se les veía el morro y los enormes cuernos que tienen hacia atrás.

Gusnhu arrancó el jeep a la primera, me pasó dos botellas de whisky ante mi extrañeza y me comentó que era musulmán pero que también le daba al prive. Los fundamentalistas del Corán no iban con él. Un pavo real cruzó con paso imperial la carretera, Gusnhu comentó que eso traía buena suerte. Ya veremos.

La noche se nos echaba encima sin llevarse la maldita humedad que me perseguía por toda la India. Los monzones no perdonaban y la atmósfera pegajosa me marcó nada más aterrizar en el caótico aeropuerto de Delhi. Los funcionarios indios pasaban de todo y rellenaban los trámites burocráticos a ritmo de samba, te miraban despacio entre curiosidad e incredulidad, "¿por qué a estos occidentales les apetecía pasar unos días en su país?". Selló con un golpe seco el pasaporte.

Nos detuvimos. La carretera estaba cortada por las inundaciones, Gusnhu ni se inmutó, se recostó en su asiento y se durmió. No se distinguían las estrellas, tiene que ser alucinante ver las estrellas en la India, y la luna. La última luna llena que recordaba fue la de agosto en Leiva

Mientras daba con el paquete de Winston y la botella de whisky, me llegó el recuerdo de un perfume fresco y juvenil. Como ella. Había dejado en Occidente una mujer a quién en el último rincón del mundo le echaba de menos. Tomé otro trago y entré en ese estado de sinceridad que provoca el alcohol. Fui al jeep, Gusnhu dormitaba con mi visera de Barcelona 92 sobre sus ojos, al fondo se oía el rumor de un río desbocado y delante de nosotros una especie de lago nos impedía proseguir hacia Agra.

Mi acompañante asomó sus ojos verdes detrás de la gorra y me sonrió agradecido cuando le pasé lo poco que quedaba de la botella de whisky. Me senté a su lado, en la India el

asiento del copiloto está en la izquierda como muestra de una de las muchas costumbres que dejaron los súbditos de su Graciosa Majestad, me preguntó en que pensaba, le contesté que en alguien a la que me gustaría que estuviera ahí a mi lado, en vez de él. Se rió.

-Ya, y quién te iba a llevar hasta el Taj Mahal por estas carreteras de Alá- me dijo.

-De qué me sirve contemplar el Taj Mahal solo- le contesté-

Gusnhu se asombró de que haya que tener un carnet para conducir el jeep, él que una vez condujo durante una semana desde Benarés hasta Madrás con una pareja de japoneses como atormentados viajeros, incluso vieron un tigre de Bengala albino que hizo que a los nipones se les cambiara el color amarillo por el blanco pálido, como el de las geishas.

-Gusnhu, ¿te has enamorado alguna vez?- le pregunté sin saber si me iba a entender.

-Los musulmanes nos podemos enamorar hasta cuatro veces al mismo tiempo- me contestó divertido- aunque nunca te casas con la que más quieres porque siempre hay algún impedimento, que si la familia, que si la religión, que si está casada, en fin yo todavía sigo soltero.

-Haces bien- sentencié- cada vez más sumergido en la nebulosa del whisky y sin creerme lo que decía.

Los primeros bocinazos empezaron a sonar ya con el pegajoso amanecer. Nos dimos rápidamente cuenta de la situación, debíamos salir de allí enseguida puesto que los monzones estaban dispuestos a que no llegáramos a Agra en los próximos dos meses. Le compré unos plátanos a una chiquilla preciosa que me pedía insistentemente un boli, le dí cinco rupias de más y se marchó corriendo, al de veinte segundos tenía a una recua de chiquillos gritando iii hello, pen!!! Al último niño lo bajé del estribo del jeep justo cuando salíamos a toda velocidad, se quedó llorando ante la indiferencia del resto de sus amigos. Me quedé pensativo unos segundos, ¿qué podíamos hacer ante esta situación?

Nada, me contestó resignado Gusnhu, que ya estaba chupando con deleite el primer canuto del día.

El elefante no andaba ni para atrás ni para adelante, ante los constantes bocinazos ni se inmutaba, su trompa lanzó un viaje al aire que sí me pilla me descoyunta. No tenía colmillos y supuse que su amo los había vendido a los traficantes, me fijé en sus orejas que se movían cada vez que el elefantero le clavaba una vara en todo lo alto. Tenía la trompa coloreada a juego con el turbante de su amo, éste había comenzado a sudar viendo como el paquidermo no le hacía ni caso, le golpeó más fuerte y en ese momento salió despedido por el aire cayendo a un lodazal. El elefante presintiendo lo que se le venía encima comenzó a trotar velozmente, su amo se acordó en sos momentos de los dioses Brahma, Shiva y Visnu, se dejó el turbante en el suelo y Gusnhu lo echó al jeep.

Fathepur Sikri fue en su tiempo corte de los mongoles y Gusnhu se empeñó en llevarme hasta allí, la enorme puerta "la más grande del mundo" de entrada a la mezquita, cuatro enjambres de abejas coronaban el arco, pero estaban tan lejos que no daban ni miedo. Los fieles oraban arrodillados encima de las alfombrillas mientras el muyaidin voceaba con fé pero medio ronco.

Nos descalzamos, tenía la seguridad que cualquier día de estos se me iban a caer los pies a trozos con alguna infección. También me cubrí las pantorrillas con una túnica que me daba un aire de Yihad Islámica. En el interior de la mezquita se agolpaban los fieles con cordones de colores en las manos, los ataban a un enrejado de marmol que adornaba una ventana. Gusnhu me indicó con la mirada a un venerable anciano vestido de blanco que repartía los cordones. Cogí uno rojo. Lo até a la ventana y formulé el deseo de rigor, el momento la verdad es que me emocionó. Si se cumple el deseo hay que volver dentro de diez años y desatar el cordón. Volveré.

Agra es la ciudad del Taj Mahal y me apetecía contemplarlo al atardecer, por eso le dije a Gusnhu que le metiese más caña al jeep. Sonrió, se acarició la pelusilla que hacía las veces de bigote y apretó el acelerador con la izquierda, como digo alguna reminiscencia quedaba del pasado imperial británico.

En la piscina no había gente y el agua estaba calentorra, daba igual, después de recorrer media India en un jeep tenía merecido un buen baño. El hotel olía a insecticida y a especias como todo el país. Gusnhu me esperaba en el hall, departía animadamente con los del servicio de taxis hasta que me vió llegar. Seguía haciendo mucho calor y mi cuerpo desprendía aroma de repelente de mosquitos desde el hotel hasta el Taj Mahal, lo único que me faltaba es que cogiera la malaria.

Nos cachearon a la entrada de las murallas, era la décima vez que me tocaban los huevos los guardias hindúes, me acordé del cipayo del aeropuerto que me mangó por la cara una navaja multiuso, al final acabé sonriendo. Esta sonrisa se me heló cuando contemplé por primera vez en mi vida el Taj Mahal. Impresionante. Un monumento construido entero de un marmol blanco que cambiaba de color según le pegara los rayos de sol. Su simetria asemejaba la perfección. Nos fuimos acercando por los jardines y los estanques, Gusnhu me contó la historia del Taj Mahal.

Reinaban hace muchos años los mongoles en esta parte de la India y Agra era su capital. Había un rey que quería tanto a su esposa, que cuando ésta murió mando contruir este mausoleo. El monumento tenía que quedar para la posteridad y debía expresar lo mucho que una persona puede querer a otra. Vaya si lo consiguió. El rey rechazó en un principio muchos proyectos, al final se decantó por un artista / arquitecto, que para hacerle sentir lo que sentía él mandó matar a su mujer. Así a orillas de otro río sagrado, el Yamuna, emergió el increíble Taj Mahal.

Recorrimos en silencio y descalzos por el marmol todo el mausoleo, me embargó una mezcla sentimental de melancolía y añoranza mientras contemplaba con la mirada perdida la lenta corriente del río. Esas aguas se tornaron marrones y revueltas cuando recordé el paseo en barca por el Ganges, los peregrinos sorbiendo su asquerosa y santa agua, los pobres chavales que remaban peligrosamente contra corriente, sin avanzar, chocando y sacando chispas de las farolas encendidas e inundadas. La cara de asombro que puse cuando ví un cadaver medio incinerado flotando a pocos metros, los intocables apilando la leña para construir la pira donde se cremaban a los muertos, los familiares, sólo hombres, despidiendo al hindú de turno. Me acordé cuando en una callejuela de Benarés llena de barro se me acercó un leproso pidiéndome dinero y no pude distinguirlo entre una masa viscosa las facciones de la cara. Le dí unas rupias y me escabullí subiéndome en un rick saw entre gente y vacas.

Volví al Taj Mahal. Quedé en silencio hasta que el pitido de los guardias me hizo volver a la realidad. Me fuí, antes contemplé por última vez lo que era ya una silueta en la noche de la India, un niño me agarró de la mano con insistencia y me ofreció una cajita de marmol con piedras semipreciosas incrustadas. Me dijo que era marmol de Ajmer, en el Rajhastan, el mejor del mundo. ¿Para qué quería yo esa caja?, aun reconociendo que era bonita. La compré y la guardé con cariño en mi macuto.

